

CAPÍTULO 10

Entrevista a Graziela Teresita Napolitano

María Laura Fernández y Franco Garritano

Graziela Teresita Napolitano (Pergamino, 10 de noviembre de 1942) es Psicóloga Clínica (1966) y Doctora en Psicología (2005) por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) y Especialista en Psicoanálisis por la Universidad de Barcelona (1983). Se desempeñó como Profesora Titular e Investigadora de la UNLP, donde estuvo a cargo de las cátedras Psicopatología I (1987 a 2014), de diferentes ediciones temáticas del Seminario Desarrollos de la Teoría Psicoanalítica y de diversos cursos de grado y postgrado. Fue Profesora Contratada de la Universidad de Buenos Aires (2005-2007), Directora de la Carrera de Especialidad en Clínica Psicoanalítica con adultos (UNLP) y Directora de Investigación de proyectos UNLP y del Programa de Incentivos a los Docentes Investigadores. Ejerció la clínica psicoanalítica en el ámbito privado y fue miembro de la Escuela de la Orientación Lacaniana (EOL) y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP). En el ámbito hospitalario, integró durante tres décadas el Servicio de Neurología y Psicopatología Infantojuvenil del Hospital Interzonal Especializado de Agudos “Sor María Ludovica” (ex Hospital de Niños). En 1976 se exilió en Barcelona y regresó a la Argentina con el retorno de la democracia, en 1984. Dirigió diversas tesis de Especialización y de Doctorado, así como becas de investigación de la UNLP, UBA, Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia de Buenos Aires (CICBA) y Ministerio de Salud de la Nación. En 2012 recibió el Premio a las Mujeres Destacadas de la Provincia de Buenos Aires. Es autora de numerosos artículos, capítulos y libros sobre clínica psicoanalítica e historia de la psiquiatría, algunos de los cuales fueron recursos clave para la formación de generaciones de psicólogos.

En esta entrevista, Napolitano se refiere a su trayectoria como alumna y docente en la UNLP, a sus primeros encuentros con el psicoanálisis, la clínica y las referencias teóricas de su carrera.³¹

³¹ Días después de la finalización de esta entrevista, la profesora Graziela Napolitano falleció. No alcanzó a revisarla, como seguramente hubiera deseado hacerlo. Los responsables de su edición, con el aval y participación de sus colegas y familiares, nos hemos permitido ajustar el discurso oral a las características del texto escrito, ateniéndonos al máximo al sentido de los conceptos vertidos.

Lamentamos su pérdida, recuperamos sus aportes, y deploramos la ausencia de otros que seguramente nos seguiría proporcionando... Hasta siempre Graziela.

—Graziela, quisiéramos preguntarte acerca de cómo te vinculaste por primera vez con la Carrera de Psicología.

[G.T.N.]: Yo vivía en Pergamino, de donde procedo originalmente. Me quedaba más cerca la Universidad Nacional de Rosario, pero tenía parientes en esta ciudad [La Plata]. Finalmente llegué a La Plata, a la casa de mis tías y tuve la suerte de encontrarme con alguien que estaba en conocimiento de lo que era la Carrera.

—¿Y cómo elegiste Psicología? ¿Qué es lo que te acercó a esta carrera?

Yo soy maestra de escuelas normales. Entre las materias que cursé se encontraba una que se llamaba Psicología Pedagógica o Psicología Educacional, algo así. Como parte de las actividades teníamos que realizar algunas sobre la enseñanza de niños con problemas. Teníamos otra opción: también podíamos hacer estudios de texto. Es genial porque, puede inferirse que decidí en ese momento dedicarme a la relación del psicoanálisis y la literatura. En aquel entonces me atrajeron mucho los libros de Mark Twain, *Huckleberry Finn*, y *Tom Sawyer*, a partir de cuya lectura hice un paralelo entre los dos protagonistas. Ahí me empezó a interesar la psicología, ligada a la “cosa literaria”, por un lado. Por otro, me interesaba estudiar un niño que todos los días iba a la escuela llorando —actualmente denominaríamos a esa manifestación como una ansiedad de separación importante—. Fíjense lo que es la negación: después de mucho pasar por mis análisis, pude reparar en que yo misma había tenido una terrible ansiedad de separación ¡Es increíble el punto al que puede llegar la negación! Me interesó mucho ese niño y las razones por las que lloraba tanto, mientras la hermana, pobrecita, lo arrastraba de acá para allá. En ese momento pensé hasta qué punto hay una elección vinculada a estos puntos traumáticos de la existencia ¿no? Yo tenía una ansiedad de separación muy especial, porque cuando llegué me enamoré de la maestra y nunca más quise faltar a la escuela. Por eso, la ansiedad de separación es la ansiedad de la madre. Es obvio, en este caso, que era la angustia de mi madre, no la mía.

—¿Qué recordás de tu inicio en la Facultad?

Recuerdo que Raúl Marazzato fue la primera persona que encontré en la Facultad. A mis 18 años, despistada como siempre, no sabía por dónde seguir. Raúl fue quien me organizó toda la inscripción, me guió y me orientó. Además, no conocía a nadie. Había muchos platenses y mis compañeros de Pergamino no estaban. Yo no sabía que había una pelea por la creación misma de la Carrera. Cuando llegué, junto a una tía de Mar del Plata, no entendía nada. Era una situación difícil, porque se estaba discutiendo la existencia de la Carrera. Luego hice el curso pre-universitario. En su transcurso empecé a hacer relaciones con los demás ingresantes, a vincularme con algunas cuestiones políticas que en esa época eran muy virulentas, especialmente entre ciertos grupos. Al poco tiempo comencé a trabajar en la Cooperadora, que era el equivalente al Centro de Estudiantes; yo era la que hacía los apuntes y la letra se me deformó completamente. Tomaba los apuntes textuales sin grabadora, así que empecé a trabajar en la Cooperadora con las clases de Filosofía. Me acuerdo patente de Filosofía. En ese momento ya había alumnos que cursaban cuarto año y que fueron compañeros de Telma [Piacente].

—¿En qué año ingresaste a la Carrera?

En 1961. Me fue muy bien en el curso de ingreso. Es genial la inocencia y la ingenuidad que se tiene a esa edad. Yo ni me preguntaba por qué en ese curso preuniversitario una de las materias era Biología Humana o por qué también aparecía Matemáticas; cosas que no había visto para nada en toda mi trayectoria escolar anterior, porque las maestras no tenían esa formación. Para Biología busqué libros de medicina y llegué a saber muchísimo. Nunca me voy a olvidar cómo estudiaba. Había visto algo en la escuela, pero no con tanta profundidad. Me acuerdo haber estudiado el glomérulo en el riñón —me acuerdo patente—. Estudié muchísimo. Hice de todo un curso acelerado, de matemática, de biología, de todo. Alumna 10, porque me asusté. Después, cuando empezaron las clases, recuerdo la importancia que tuvo para mí Luis María Ravagnan, el profesor que dictaba la asignatura Introducción a la Psicología, lo que hoy sería Psicología I.

—En ese entonces la carrera estaba dividida en ramas ¿Cuál es la que vos elegiste?

En cuarto año elegí la rama clínica. Es que para mí no había otra alternativa —y lo sigo pensando—. La formación clínica está en la base de toda esta historia. Me gustaba mucho la historia de la psicología. La estudiábamos en una materia que en esa época se llamaba Psicología Contemporánea. Además, me interesaba mucho la fenomenología y autores tales como Jean Paul Sartre, Maurice Merleau-Ponty, etc. Con mis amigas preparábamos los temas seleccionados del programa del profesor Ravagnan. Una muy buena materia, ¡excelente! Pero no veíamos psicología argentina, sino que estudiábamos las grandes ideas de la historia de la disciplina. Tenía una amiga que era experta en Merleau-Ponty y yo me dedicaba básicamente a Sartre. La carrera era muy simple, si lo piensas bien, era de una simplicidad enorme. No obstante, teníamos algunos profesores excelentes que hacían que te gustara la materia a su cargo. Esa materia con enfoque histórico me encantó. En ese sentido nuestra carrera era ecléctica, con profesores de distinto tipo, y, a mi juicio, eso nos preparó para estudiar a Jacques Lacan. Personalmente tenía todo preparado para abordarlo. Estuve en Barcelona viviendo ocho o nueve años y observaba la formación que recibían los alumnos de las carreras de Psicología de Buenos Aires y de Rosario, y la gran diferencia con nuestra carrera era esa formación heteróclita que teníamos, a partir de distintas corrientes, de diferentes perspectivas. Por ejemplo, en otras universidades el alumnado no conocía a [Gaëtan Gatian de] Clérambault, no sabían quién era. Toda la formación clásica de la psiquiatría estuvo presente en nuestra cursada, tanto del lado alemán como del lado francés. Es en ese sentido que la carrera era muy simple, estaba bien dividida en distintos sectores y, aunque la clínica constituye su base, es cierto que había alumnos a los que les gustaba el costado pedagógico, o a otros la cuestión laboral... por esa razón había otras ramas, pero con muy poca gente.

—¿Es decir que la orientación hacia la clínica era predominante? ¿Tenían figuras predominantes para orientarse hacia esa rama?

Sí, eso era clarísimo. Estaba el psicoanálisis, que ya en ese entonces tenía un valor bastante monopólico, el kleiniano, de la APA [Asociación Psicoanalítica Argentina] y de la Asociación Internacional [de Psicoanálisis, IPA]. Teníamos un profesor de psicoanálisis, en la materia

[Psicología] Profunda, que había sido neurólogo, neurocirujano y que se arrepintió y sufría muchísimo por todas las lobotomías que había hecho. También fue profesor de Neuroanatomía, Edgardo Rolla era su nombre.

—Entonces tu primer encuentro con el psicoanálisis, siendo todavía estudiante de la Carrera, fue con el que en ese momento era el “oficial”, el kleiniano, ¿cómo fue ese encuentro?

Si se carece de una práctica clínica, todas esas son fantasmagorías. Melanie Klein es eso, es idealismo inglés, solamente requiere creerle o no creerle, nada más. Además, la Asociación Psicoanalítica Internacional [IPA] no permitía el acceso de psicólogos; los psicólogos eran buenos para ser pacientes, para eso los necesitaban. Había por encima de esa posición una comercial no recomendable. Es una historia muy ligada a la situación de enclaves grupales en Argentina, a cómo se fueron desarrollando. [Edgardo] Rolla, por ejemplo, era un kleiniano coherente. A veces hacíamos supervisiones con él siendo alumnos. Había visto un paciente en el Hospital [Interzonal Especializado de Agudos “Sor María Ludovica”, ex Hospital de Niños] — me acuerdo patente—, un chico de un instituto de menores. Hice una consulta con Rolla, quien tuvo un desempeño adecuado, muy cuidadoso con respecto a la clínica.

—Nombraste a Luis María Ravagnan como uno de los referentes...

Sí, y también a [Juan Carlos] Pizarro. Les cuento lo que hice después de recibirme. A punto de terminar, en quinto año, entré en el Hospital de Niños [Hospital Interzonal Especializado de Agudos “Sor María Ludovica”]. Justo en ese momento se había ido una psicóloga y yo rendí un examen que le gustó mucho al Jefe de Servicio [de Neurología y Psiquiatría, fundado en 1962] y así entré. Realmente creo que esa experiencia en el Hospital dejó una marca en todos nosotros.

—¿Bajo qué formato fue esa experiencia? ¿Eran prácticas accesibles para otros estudiantes?

No, de hecho, yo había querido entrar en cuarto año y no pude hacerlo. Quería hacer prácticas o una concurrencia. Pero en aquella oportunidad el examen que rendí fue el que me permitió ingresar. El tema que desarrollé fue sobre [Kurt] Goldstein. Lo que no sabía era que el Jefe de Servicio era fanático de Goldstein ¡Qué puntería! Entonces me mandó a llamar, a través de su hermana Esther—psicóloga también—, y me dijo que había un cargo libre y que podía entrar. En ese entonces muchas veces los psicólogos eran considerados auxiliares de la medicina. Fui a hablar con el Jefe del Servicio, que era [David] Ziziensky, quien me dijo: “¡Bueno, si no sirve, se va!” ¡Qué manera de recibirme! Yo estaba aterrorizada. Pero esa posibilidad fue increíble: por fin tenía acceso a lo que podía ser trabajar en psicología, lo que era muy interesante. Se trataba, en un sentido, de un Servicio anacrónico, y en otro, absolutamente avanzado. Mientras todos los psiquiatras de La Plata —o gran parte de ellos— estaban vinculados a la medicación —a la última medicación de los *yankees*, a toda la farmacología—, el Jefe de nuestro Servicio estaba muy ligado a la fenomenología y era un profesional al que le interesaba la psicopatología. Era médico por definición y tenía toda la tradición jasperiana [Karl Jaspers] en Psicopatología, materia en la que fue profesor titular. Con otro profesor, el Dr. Juan Carlos Pizarro, titular de la asignatura Psicodiagnóstico, estudiamos toda la perspectiva psicopatológica francesa. Así que con ese trasfondo estaba bien preparada para empezar con [Jacques] Lacan.

—Empezaron a ver referencias que allanaron el terreno para después leer a Lacan, ¿pero Lacan ya estaba presente en ese momento de las lecturas locales?

Me recibí a fines de 1965; en el 66 me dieron el título, y me acuerdo que, de la búsqueda de actividades prácticas, surgió una posibilidad. La cuestión es que conocí a una francesa que vino a dar una conferencia. Ella me contó de la existencia de [Daniel] Lagache, “y también está Lacan”, me dijo, “que es todo un Dandi”, refiriéndose a que era una persona extravagante. Por otro lado, mi hermano mayor estudiaba Sociología y era amigo de Oscar Masotta. Oscar dió una clase sobre [Maurice] Merleau-Ponty en nuestra Facultad en el año 1963. Él estaba empezando con el psicoanálisis, muy en los comienzos. Venía de la filosofía; sabía mucho de la fenomenología, de Merleau Ponty y de otros autores como [Jean-Paul] Sartre. Pero encontró en Lacan una superación de todo esto. Esa formación filosófica y fenomenológica resulta clave para entender a Lacan, o para los comienzos de Lacan. Entonces, a través de Oscar, empezamos a leerlo. A mí el relato kleiniano no me convencía, lo consideraba una suerte de “verso”. Actualmente muchos lacanianos también hacen lo mismo. Toda teoría y toda perspectiva tiene tendencia a convertirse en “verso”. De todos modos, en mi historia personal Oscar Masotta fue otra influencia clave. Más adelante, en 1965, también lo invitamos al Hospital de Niños.

—¿Para hablar de fenomenología?

No, habló de Lacan, de psicoanálisis. Dos años más tarde ya era completamente psicoanalista. Me encontré con él en Barcelona. Había viajado antes del golpe, mucho antes del golpe [comenzó el 24 de marzo de 1976].

—¿En qué año partiste a Barcelona?

Yo me fui en el año 1976, en pleno golpe. Pero él [Oscar Masotta] estaba desde el 74. Creo que se fue en la época del Golpe en Chile. Primero viajó a Inglaterra, a Londres, y después a Barcelona. Me encontré con muchos colegas en esa ciudad. Barcelona era un lugar inhóspito para el psicoanálisis: todos los psicólogos eran psicólogos educacionales, eran como maestros particulares, como reeducadores. Oscar [Masotta] fue el que sentó las bases de lo que después constituyó el crecimiento del psicoanálisis lacaniano en Barcelona.

—¿Cómo se fue gestando eso?

Él tenía grupos de estudio, tenía una buena gestión, pero no dejaba de ser un profesor que venía de la filosofía; no dejaba de ser eso ¡Pero era tan necesario! Siempre sostengo que nuestra carrera, lo que más necesita es una o dos materias más de Filosofía. Siempre pienso en eso.

—La formación, en tu época, era más amplia, más general, ¿verdad?

Claro, tenía profesores muy variados. Cada cual traía su interesante historia de práctica profesional, aunque el número de psiquiatras era mayor.

—¿Te acordás de algún otro profesor que haya sido un referente importante para vos? Las cátedras al principio eran pequeñas, casi unipersonales, no había demasiados equipos hasta los años 70...

Era una alumna bastante obediente, estudiaba todo, aunque no me pareciera importante. La ruptura general fue empezar con la práctica, armar un equipo, ir a congresos, empezar a trabajar; todo a partir de formar parte del equipo del ex Hospital de Niños.

—¿Siendo estudiante entraste a la Cátedra de Psicopatología?

No. Primero formé parte del equipo docente de Psicología I, porque algo había que hacer... Un tiempo también participé en Psicología Social. En 1965 entré en Psicopatología, en la que fundamentalmente me desempeñé, en ese entonces como ayudante. También participé en la que en aquel momento se denominaba Psicoterapia, porque gané un concurso y entré como JTP [Jefa de Trabajos Prácticos].

—¿Ahí estaba [David] Ziziemsky también? Era Director del Servicio del Hospital...

No en Psicoterapia. Ziziemsky era Jefe del Servicio de Psicopatología. Y además era el Profesor titular de Psicología de la Niñez y de la Adolescencia y de Psicopatología.

—¿Cómo fue la experiencia en la cátedra con Ziziemsky a la cabeza? ¿Cuál era la orientación teórica que les proponía?

Él era médico y psiquiatra; tenía veleidades y miraba con mucho interés todos los desarrollos de la psicopatología y todo lo demás. Tenía una concepción totalmente crítica con respecto al psicoanálisis, pero bueno... él decía que yo era la mejor discípula, pero lástima que no fuera psiquiatra.

—Mencionaste la figura del psicólogo como “auxiliar” del médico...

Sí, pero enseguida, al poco tiempo, los psicólogos entraron como profesionales a los hospitales. Ese problema lo han tenido muchos psicólogos, pero también son corresponsables en el hecho de ser un poco secundarios en relación con los abogados en la justicia, con los médicos en los hospitales ... Aunque ese lugar nunca lo experimentamos nosotras. No solamente yo, sino todas las que trabajamos en el Hospital de Niños. Se nos dio un lugar de entrada, nunca tuvimos problemas.

—¿Cómo fue eso? ¿Vos participaste? Mencionaste que fue un momento de definición de la carrera...

Yo no sirvo para nada para hablar sobre los avatares políticos, nunca me metí, jamás. Había compañeros que sabían, como Raúl [Marazzato] o [Adolfo] Tessari que se ocupaban de ese aspecto. En cambio, yo no entendía nada, era muy joven, era alumna. En ese momento no tenía nada que ver con ese tema.

—La inserción en las instituciones de salud siempre estuvo...

Si te refieres a que fue problemática ... el problema es cómo se caracteriza esa inserción, ese es el tema, cómo uno se inserta. Evidentemente, es entendible que, si la formación ha sido muy débil, cualquiera sobrepasa a los nuevos integrantes, cualquiera los domina, los gobierna... actúa como un auxiliar...

—Es algo que se repite mucho, por lo menos en la historia de la psicología. Hubo un auge en relación con el debate de la profesionalización o no de los psicólogos y existen varias entrevistas a figuras clave en las que surge esto que estás diciendo: que nunca se sintieron en ese lugar de “auxiliares”.

Creo que tiene que ver más con una posición. Es una posición, cuando ingresé, no sabía nada, estaba ahí. Me interesaban muchísimo los casos que debía tratar, para poder abordarlos adecuadamente. Me gustaba escribir y de alguna manera tuve un lugar privilegiado por escribir

las entrevistas ¿Cómo escribir una entrevista? Bueno, en [la cátedra de] Psicopatología enseñábamos eso: cómo se escribe una entrevista. Eso me interesó y me satisfizo mucho, eso mismo lo reiteraba en los cursos de postgrado que hacíamos en el Hospital. Les habrá contado también Telma [Piacente] las revistas que teníamos en el Servicio. En inglés y francés, idiomas que leíamos perfectamente. Fue un semillero de trabajo.

—¿Qué revistas? ¿Recordás los nombres?

Sí, la *American Journal of Psychiatry*, y la *Psychologie de l'enfant*. Traduje muchos artículos. También *Psicología del niño*, que era de un grupo francés contrario a Lacan y otras más. [David] Ziziemsky estaba satisfecho porque nosotras podíamos traducir ¿Qué más quería? Personalmente me ocupé de muchas traducciones. Pero tengamos en cuenta que estamos hablando de la post-carrera, estamos hablando del nivel de postgrado. Después se creó la Residencia de Psicología. Formé parte de la Comisión que la diseñó, a mi regreso de España, cuando se reabrió la carrera. El Servicio de Psicopatología del ex Hospital de Niños fue el primero que tuvo residencias de Psicología. Teníamos experiencia en el tema, personalmente había colaborado y trabajado en la capacitación de los ingresantes a la Residencia de Psiquiatría.

—¿No tenían formación psicoanalítica los psiquiatras de ese Servicio?

No, los psiquiatras venían de Medicina.

—Pero existía la posibilidad de que se formen en la APA, por ejemplo... ¿No era el caso de los platenses?

Lo habrán hecho después, pero en ese entonces eran recién egresados que no sabían nada a ese respecto, no tenían formación alguna sobre el tema. Por esa razón algunos cursaban materias de psicología, de psicoanálisis, de psicopatología...

—¿Y tú ingreso al Servicio del Hospital fue bajo la figura de una práctica?

No, yo estaba nombrada como profesional, recibía un sueldo. Era feliz por eso, porque tenía trabajo y la remuneración correspondiente. Estuve allí hasta 1976, cuando me fui. Al volver, encontré que para los psicólogos, no se había gestionado ninguna relación reglamentaria que vinculara la Carrera [de Psicología] y las Residencias de Psicología, a diferencia de lo que sucedía entre [la Facultad de] Medicina, que estableció una relación con la Residencia. En nuestra Facultad nunca se establecieron relaciones con la Residencia —cosa muy negativa—, porque para mí es importantísimo tener una relación con la Facultad. En mi caso particular coincidió que a la vez era Instructora de Residentes en el Servicio y Profesora de Psicopatología en la Facultad, pero fue una casualidad.

—¿Esa coincidencia no allanó en ese momento el camino?

No, pero se auspiciaban los cursos que dábamos. Medicina tenía y tiene una relación estrecha, íntima, con los servicios hospitalarios de salud. Pocos son los que no quieren formarse, porque tienen una larga tradición y entienden que necesitan formarse, eso es fundamental. Se trata de una tradición milenaria, que se profundiza a través de los años. Es impensable para un médico no hacer una residencia al final de la carrera. Pero lo interesante de nuestro caso es que la Residencia de Psicología fue la primera, o una de las primeras residencias de ese tipo, porque antes no existían. Además, el Jefe del Servicio tenía de bueno el darle mucha importancia a la

comunicación, a la escritura y a la formación constante. Por ejemplo, vi por primera vez a un niño autista, gracias al Servicio. Mis ojos se caían, era una egresada que venía de una formación completamente teórica... Toda esa transmisión —escribir, ir a congresos, investigar— la hicimos ahí, en el Hospital de Niños, no en la Facultad.

—Qué importante es generar esos espacios y qué pena que no haya sido en el ámbito universitario, donde debería propiciarse.

En el ámbito universitario tuvimos investigaciones y actividades por el estilo, pero siempre teórico-clínicas. A mí siempre me interesó esa dimensión teórica-clínica. Después, la especialidad de posgrado, cuya dirección ejerzo, también es de carácter teórico-clínico. Es interesante señalar que las mismas personas que fueron residentes, en la época en la que me desempeñaba como Instructora, fueron las que egresaron de la especialidad. Por ejemplo, las psicólogas que trabajan en Reencuentro [Hospital Interzonal Especializado en Toxicología y Salud Mental], son especialistas y también ex residentes. Esa circunstancia resultó muy propicia para que prestaran su colaboración en la formación de los alumnos de posgrado. Se dio una continuidad en esa trayectoria.

—Del psicoanálisis que se gestó en otros márgenes, no en La Plata directamente, ¿tuviste contacto?

Sí, tuve contacto con [Jaime] Szpilka, que está en Madrid. Dictaba [la asignatura] Psicología Diferencial. Uno de los libros que utilizaba era *Psicología de la Conducta* de Bleger (1963) ¡qué es insuficiente! Está más bien destinado a carreras menores. Seguramente su formación en el tema era escasa. Era médico y psicoanalista de la APA, no tenía formación académica.

—Jaime Szpilka es el referente, es el que trae ese modelo de psicoanálisis ¿qué lugar tuvo?

No, ese psicoanálisis [el que provenía de la APA] ya estaba en el ambiente, estaba de moda. Era buena persona, concurríamos a Buenos Aires a participar en grupos de trabajo con él; era muy amable y simpático, pero resulta imposible compararlo con lo que ofrecía la obra de Lacan.

—¿Cómo se produce ese viraje desde estas corrientes hacia el psicoanálisis lacaniano? ¿Hay un momento clave donde empieza a ser predominante ese psicoanálisis más lacaniano?

No hay más lacaniano o menos lacaniano: es lacaniano o no es lacaniano. En una época determinada, previa al golpe [la última dictadura militar argentina, 1976] aunque ya había turbulencias políticas importantes, me hice cargo de la titularidad de la cátedra Psicoterapia, lo que era un absurdo, porque era muy joven para serlo. Pero bueno, la época corría de esa manera. Básicamente incluía a [Sigmund] Freud y para hablar de Lacan invité a un lacaniano de Buenos Aires —que ahora creo que está en Brasil—, y que empezó a dar el “ABC” de la perspectiva lacaniana. Después empecé a coordinar algunos grupos de estudio, a dictar cursos de posgrado; sobre todo con las cuestiones fundamentales de Lacan. Ahí empezamos.

—¿Quién era ese autor?

No me acuerdo cómo se llamaba, era argentino. Estuve casi diez años en Barcelona y durante ese periodo los lacanianos avanzaron mucho. Vinieron aquí psicoanalistas de Buenos Aires, como siempre intentando colonizar La Plata, eso siempre fue así. Entonces, cuando llegamos

nosotros, en el 84, ya se había comenzado con una serie de divisiones, que existían desde antes. Ahí aparece [Jaques-Alain] Miller, una figura fundamental, porque hizo una carrera de formación académica excelente y porque también procedía del campo de la filosofía, como Oscar [Masotta]. Fue en ese momento que ocurrió una gran dispersión, con disputas intestinas, aparecieron los grupos lacanoamericanos, el desbarajuste ... Esto sucedió en los años 80, después de la visita de Jacques Lacan a Caracas, en 1980.

—Circula una versión de la historia que sostiene que Lacan llega o se expande en el período de la dictadura, pero en realidad llega un poco antes, a principios de los 70 ya empieza a leerse...

Sí, eso sucedió en Buenos Aires. En el año 71 me fui a París, con una amiga, Hebe Tizio. Allí conocimos a Lacan. Estábamos deslumbradas con París, tengamos en cuenta que la influencia francesa ha tenido mucho que ver en la historia intelectual de determinados sectores de Argentina. Fuimos al [Hospital] Sainte-Anne a ver cuándo había una presentación de enfermos y ahí nos encontramos con un psiquiatra chileno que nos dijo “ahora va a empezar una presentación, tienen que ir a la capilla”. Y ahí fuimos. Lacan estaba haciendo una presentación con un paciente, muy activo. Nosotras teníamos la experiencia de las presentaciones de enfermos que se hacían aquí, me refiero a las que realizaban [Juan Carlos] Pizarro y [David] Ziziemsky, así que para nosotras eso no era nada nuevo. Por eso, para mí siempre fue muy importante la presentación de enfermos. Nos gustó mucho el lugar, semanalmente o cada quince días se hacían presentaciones de enfermos. Tenían un cuidado enorme con el paciente, sabían hacer la pregunta justa. Tengo muchas de las presentaciones de enfermos realizadas por Lacan. Nosotras, en ese momento, con mi amiga, participábamos en una investigación sobre el problema del lenguaje en la esquizofrenia. Había una lacaniana, que después se peleó con Lacan, [Lucy] Ligaray, una lingüista lacaniana que trabajaba ese tema y tenía un artículo interesante en su revista de lingüística. Pero no la encontrábamos, en cambio en el mismo [Hospital] Sainte-Anne conocimos a un prócer de la neurología, especializado en afasias. Y también compramos los escritos de Lacan, estábamos sumamente entusiasmadas.

—¿Habían llegado acá las obras traducidas de Lacan?

Todavía no.

—¿Cómo lo leían?

Porque sabíamos francés.

—¿Y cómo se empieza a difundir?

Eso fue más adelante. Nunca voy a olvidar que una de las colegas que venía a leer los Escritos conmigo fue Lydia Ridaó, a quien el último proceso de la dictadura militar hizo desaparecer y finalmente se comprobó que la habían matado. Recuerdo que en mi casa nos quedamos sin luz y leíamos iluminándonos con una vela ¡Lacan, en francés y a la luz de la vela! [risas]. Fue un esfuerzo enorme, resultó difícil y bastante complicado. No disponíamos del artículo de [Henri] Wallon sobre el Estadio del Espejo, uno de los antecedentes de Lacan. Conocíamos cuestiones sobre fenomenología, pero desconocíamos otras cuestiones. Existían muchos

antecedentes muy importantes en juego. Justamente leíamos *Función y campo [de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis]*, de 1956] que es un texto muy complejo.

—Mencionaste que Juan Carlos Pizarro y David Ziziemsky hacían presentaciones de enfermos, ¿cómo fueron?

Íbamos al Hospital de Melchor Romero, y allí se hacían las presentaciones.

—Terreno de psiquiatras...

Te diré que sigue siéndolo. Las presentaciones de enfermos de Pizarro eran excelentes, era psiquiatra, muy bueno y sagaz, con intervenciones precisas y adecuadas. Por supuesto, teníamos apertura rápida a los servicios porque básicamente él era psiquiatra. Tuvimos la oportunidad de presenciar las entrevistas con todo tipo de pacientes, por ejemplo, aquellos afectados con la famosa “parafrenia”, así como casos con paranoia, y algunas esquizofrenias. Éramos cinco o seis los que asistíamos, no todos estaban interesados. Éramos muchos menos que ahora...

—¿Cuántos eran aproximadamente?

En mi promoción éramos como sesenta, habrán entrado cien, pero quedamos sesenta.

—¿Siempre con mayoría de mujeres?

Había algunos varones ... Con respecto al número resultaba más cómodo para el Hospital que fuéramos pocos, no era una invasión, entrábamos diez personas, no más. El Dr. Pizarro utilizaba el test de Rorschach (Psicodiagnóstico de Rorschach), sobre el que era muy versado, con una perspectiva clínica. Yo no sabía nada, nunca supe nada de los tests, jamás me interesó ver nada de eso. No sé cómo aprobé Psicometría. Pero con él conocimos muchos temas, por ejemplo, el automatismo mental de [Gaëtan Gatian] Clérambault, las paranoias pasionales, todas esas temáticas fueron examinadas en esas circunstancias.

—¿A Mauricio Knobel lo tuviste como docente?

Sí, pero no me pareció un buen profesor.

—¿Tenía una formación ecléctica también?

No, en ese momento era kleiniano, como todos, estaba a la moda. Hay gente que siempre se adapta a todo, a lo que sea. Nunca me voy a olvidar de lo siguiente: tenía una beca y estaba en el Instituto de Psicología de la Facultad, donde él hacía una investigación con unos dibujitos. Le mostraban a la gente un dibujito, un test proyectivo... Jamás participé en nada de eso, no me parecía adecuado. No me llevaba bien con Knobel.

—¿Cuál fue tu participación en el Instituto de Psicología en los años 60?

Estaba becada en el Instituto de Psicología, hacía traducciones, básicamente hacía eso. Antes había entrado al Instituto de Psicología, después entré al Hospital [de Niños].

—¿Realizaste investigaciones durante la carrera?

Participé en esa investigación, aunque no me parecía adecuada. Lo hice no porque quería, sino porque estaba obligada a hacerlo porque era becaria. Lógicamente, él no me apreciaba demasiado, pero yo no quería participar de ninguna manera.

Ahora, en ese contexto ecléctico de la Facultad se encontraban docentes de valor, por ejemplo [Raúl] Ballbé, quien trabajaba además en el Hospital Policlínico.

Había que hacerse de un camino y no buscar un relato. En Psicología la gente estaba muy desesperada por la inseguridad, la incertidumbre, lo que Lacan llama el “sujeto a barrado”. Es la falla en el discurso universal que busca agarrarse de la seguridad que emerja de algún tipo de relato. En general, los profesores con una formación insuficiente se aferran a los relatos. También a muchos les interesó la cuestión social, que era más apropiada para la carrera de Sociología o para un trabajador social, no para psicología. El campo de la psicología es un campo muy fragmentado y el psicoanálisis ha querido ser un poco colonialista en la Carrera de Psicología, cosa que no le conviene al psicoanálisis. Pero un poco ha sido así, es cierto.

—¿Cómo lo ves en la actualidad? ¿Esto sigue siendo así?

De la actualidad no quisiera hablar, tendría que hablar mucho, pero preferiría exceptuarme.

—Uno de los puntos que nos interesa es ver qué pasó desde el punto de vista teórico y conceptual con el advenimiento de la dictadura. Vos no estuviste en esos años, pero ¿qué recuerdos tenés de los años 70?

Había Cátedras que eran muy políticas y muchos de los dirigentes políticos salieron de ahí. Es otro relato que convocaba a la juventud. No digo que fuera sólo en Psicología, porque también sucedía en otras facultades. Pero la Psicología es muy frágil, tiene desarrollos relativamente débiles en Argentina. En esa fragmentación enorme no hay una perspectiva unificada.

—Y en cuanto a la conformación de la Carrera, la conformación de los planteles de las cátedras... ¿registraste alguna modificación?

Yo no creo. Cada cual siguió con su camino, independientemente. Insisto, todo estaba muy fragmentado.

—Otra cosa que aparece en algunos testimonios es que los grupos de estudio privados eran una práctica bastante frecuente, ya desde los años 60...

Sí, con Oscar Masotta teníamos reuniones a raíz de una investigación que íbamos a hacer. Después dicté cursos en la Asociación de Psicólogos y eso era muy común. Pero esa política del grupo de estudio es muy negativa. Creo que mientras no se haga una articulación teórico-clínica, no se progresa: el psicoanálisis no avanza. Ya sea porque se trata de cuestiones fundamentalmente teóricas o, por el contrario, se apela a un practicismo que intenta aplicar conceptos que son dudosos. El tema es hacer avanzar, salir de la rutina y del relato consabido, de los estereotipos. Pero es imposible hacerlo desaparecer, es algo consustancial de la universidad “populista”, llamémosle así. Ocho mil alumnos entraron a medicina este año...

—En Psicología tuvimos más de tres mil inscriptos...

Una de las ventajas que tuvimos nosotros es que éramos pocos, y eso es otra cosa, es otro mundo.

—Es una formación más personalizada, esta posibilidad, por ejemplo, de concurrir a presentaciones de enfermos...

Eso en Psicopatología lo hacíamos desde la cátedra, los alumnos iban a presenciar las entrevistas con pacientes.

—Claro, pero ¿la masividad iría en detrimento de la calidad en la enseñanza?

Sí, y ese es el problema. Por eso teníamos tantos grupos. Siempre tuve contradicciones con las autoridades. Me acusaban de que ocupaba más horas de las que debía. La formación parece ser sinónimo de lo peligroso, y hay que seguir con estereotipos, la misma rutina siempre. Es como la reproducción de lo mismo, sin producir conocimiento nuevo.

—Con la reapertura de la Carrera en 1984, ¿cómo te volviste a vincular con la UNLP?

En ese momento recién llegaba a la Argentina. No participé en nada más que en el diseño de la Residencia. Sólo después me presenté al concurso de Psicopatología, en el año 1987, donde obtuve el cargo de Profesora Titular.

—¿Tu vínculo con la carrera fue a partir de ese año?

Antes había dictado algunas clases en cursos de posgrado.

—Entonces ingresaste en 1987, ¿y hasta qué año estuviste a cargo de la titularidad de Psicopatología I?

Hasta el 2014. En ese periodo estuve a cargo de Psicopatología I y del seminario Desarrollos en Psicoanálisis, en el que abordaba la obra de Lacan.

—También en la Carrera de Especialización los últimos años...

Sí, también. Y en el medio realicé el doctorado, en el 2005 defendí la tesis.

—¿Estuviste vinculada en algún momento a la APA [Asociación Psicoanalítica Argentina]?

A la APA no, a la AMP [Asociación Mundial del Psicoanálisis] y a la EOL [Escuela de Orientación Lacaniana].

—¿Cómo llegaste a vincularte con estas instituciones?

Era el lugar normal al que tenía que adherir, la AMP. Sigo en una posición un tanto externa, porque no estoy conectada con los profesionales de La Plata, sino de Buenos Aires y de Francia. Me interesan más las cosas que producen, me interesa la producción a nivel de las publicaciones europeas.

—¿Y cuáles son tus referentes más actuales?

[Jaques Alan] Miller, y la producción que se encuentra en revistas de psicoanálisis francesas, tales como *Ornicar*, *La cause du désir* y *Mental*, entre otras, que me parecen muy interesantes.

La Plata, mayo de 2021.